

maba Juan. Este vino como testigo para dar testimonio de la luz, a fin de que por medio de él todos creyesen. No era él la luz, sino enviado para dar testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fué hecho por él, y el mundo con todo no le conoció. Vino a su propia casa y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles poder de llegar a ser hijos de Dios. Los cuales no nacen de la sangre ni de la voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino que nacen de Dios. (Se arrodilla diciendo): **Y el Verbo se hizo carne**, (levántándose prosigue): y habitó en medio de nosotros; y nosotros hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad.

R.—Demos gracias a Dios.

NOTA.—Como esta Misa goza de los mismos privilegios que la del Sagrado Corazón, puede suprimirse al fin de ella el rezo de las Ave Marías.

VI.—ACCION DE GRACIAS DESPUES DE LA COMUNION

ORACION A SANTO TOMAS DE AQUINO

Gracias te doy, Señor Dios, Padre Omnipotente, por todos los beneficios y señaladamente porque has querido admitirme a la participación del Cuerpo y Sangre de tu Unigénito Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Te suplico que esta Sagrada Comunión no sea para mi alma lazo ni ocasión de castigo, sino me sirva de intercesión saludable para el perdón. Sea para mí una armadura de fe, y escudo de mi buena voluntad; que sea muerte de todos mis vicios, exterminio de todos mis carnales apetitos, aumento de caridad y de paciencia, de obediencia y de humildad y de todas las virtudes; firme defensa contra todos mis enemigos, visibles e invisibles, perfecto sosiego de mi cuerpo y de mi espíritu; firme unión contigo, mi verdadero Dios y Señor, y sello feliz de mi dichosa muerte. Y te ruego te dignes llevarme a mí, pecador, a aquel convite inefable, donde Tú con tu Hijo y el Espíritu Santo, eres para tus Santos luz verdadera, satisfacción cumplida y gozo

perdurable, dicha consumada y felicidad perfecta. Por el mismo Jesucristo, Nuestro Señor. Amén.

Anima Christi

Alma de Cristo, santifícame,
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del Costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confórtame.
Oh mi buen Jesús, óyeme.
Dentro de tus llagas, escóndeme.
No permitas que me separe de Ti.
Del enemigo malo, defiéndeme.
A la hora de mi muerte, llámame.
Y mándame ir a Ti, para que con tus
Santos te alabe por los siglos de los
siglos. Amén.

Recibe, Señor, toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer. Tú me lo has dado, a Ti, Señor, lo devuelvo; dispón de ello conforme a tu voluntad. Dame tu amor y tu gracia y con eso estoy bastante rico, y no te pediré otra cosa.

ORACION A JESUS CRUCIFICADO

Heme aquí, oh mi amado y buen Jesús, postrado en tu santísima presen-

cia; yo te ruego con el mayor fervor imprimas en mi corazón los sentimientos más vivos de fe, esperanza y caridad, verdadero dolor de mis pecados y un propósito firmísimo de enmendarme; mientras que yo con todo el amor y con toda la compasión de mi alma, voy considerando tus cinco llagas, teniendo presente aquello que dijo de Ti, oh buen Jesús, el Santo Profeta David: Han talarado mis manos y mis pies, y se pueden contar todos mis huesos. (Salmo 21, 17-18).

(Indulgencia plenaria, rezándola ante un Crucifijo, después de comulgar, y rogando según la intención del Sumo Pontífice).

Te suplico, dulcísimo Señor Jesucristo, que tu pasión sea para mí fortaleza que me esfuerce, proteja y defienda; tus llagas sean para mí manjar y bebida con los que me alimente, embriague y deleite; la aspersión de tu Sangre me purifique de todas mis culpas; tu muerte sea para mí una vida indeficiente, y tu Cruz sea mi eterna gloria. Que en esto consiste mi perfección, mi gozo, la salud y la dulzura de mi corazón. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

ORACION A LA VIRGEN SANTISIMA

Oh María Santísima, Virgen y Madre, he aquí que he recibido a tu amadísimo Hijo, al que concebiste en tu immaculado seno, engendraste, alimentaste y estrechaste con suavísimos abrazos. Humilde y amorosamente te presento y ofrezco Aquel mismo con cuya vista te alegrabas y te llenabas de delicias, para que sea estrechado por tus brazos, amado con tu Corazón, y ofrecido a la Santísima Trinidad en supremo culto de adoración, para honor y gloria tuya y por las necesidades mías y de todo el mundo. Te suplico por lo tanto, piadosísima Madre, que me obtengas el perdón de todos mis pecados, y copiosa gracia para servir a tu Hijo con más fidelidad, y, por último, la gracia final, para que le pueda alabar contigo por todos los siglos de los siglos. Amén.



VI.—TRIDUO EN HONOR DE LA SMA.
VIRGEN DE GUADALUPE

ACTO DE CONTRICION

Amorosísimo Dios Trino y Uno, en quien creo, en quien espero, a quien amo: conozco que siendo Tú mi Padre, no te he amado como debiera; siendo mi bienhechor, no he correspondido a tus favores; siendo mi Redentor, no he hecho caso de tus divinas enseñanzas. Reconozco, en una palabra, que me he olvidado de portarme como tu hijo. Confieso que por muchos motivos me he hecho acreedor a tu justa indignación y al castigo eterno. Mas hoy confieso que he pecado: me pesa en el alma haberte ofendido, porque siendo Dios eres bondad infinita. Propongo ayudado de tu gracia y del auxilio de mi celestial protectora, la Virgen Santísima de Guadalupe, no ofenderte en lo venidero.

Y Tú, Reina amorosa del pueblo me-

xicano, no olvides las palabras que a todos nos dijiste en la persona de Juan Diego: “¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿no estás bajo mi sombra? ¿No soy yo tu salud? ¿no estás por ventura en mi regazo?...” Guárdanos siempre como a hijos pequeñitos y delicados, para que así, gracias a tus cuidados maternales, después de haber servido fielmente a la Augusta Trinidad aquí en la tierra, vayamos un día a cantar sus alabanzas en unión de los ángeles y de los santos eternamente en el cielo. Amén.

DIA PRIMERO

María de Guadalupe, la Hija predilecta del Padre

I.—El Padre ha comunicado a la Santísima Virgen su propia fecundidad para engendrar a su Hijo y a todos los miembros de la Iglesia que forman el cuerpo místico de Jesús. El Padre, dice el B. Grignon de Montfort, quiere tener hijos, y no los tendrá, —así lo ha ordenado El en su Providencia—, sino por medio de María.

Si en la generación natural se necesita un padre y una madre, lo mismo

en la sobrenatural: necesitamos de un Padre que es Dios y de una Madre que es María. Por eso todos los predestinados que tienen a Dios por Padre, deben tener a María por Madre...

II.—Estas consideraciones que nos ofrece el dogma católico deben llenarnos de alegría. Ahora comprendemos por qué convenía que la Reina del Paraíso hollara con su planta nuestro mísero suelo: Para que cambiara en hijos de Dios Padre, a todos los habitantes de estas tierras que, por estar entregados a la idolatría, habían sido hasta entonces hijos de Satanás. Por eso como resultado feliz de aquellas palabras más dulces que la miel, que resonaron en la cumbre del Tepeyac la madrugada del 12 de diciembre de 1531: “Deseo vivamente que se me erija aquí un templo... para en él mostrar y dar todo mi amor... pues soy vuestra piadosa Madre”, la Santísima Virgen de Guadalupe en el corto espacio de cinco años, hizo hijos del Padre a más de 10.000.000 de naturales que fueron regenerados con las aguas del bautismo.

III.—Llenémonos de santo regocijo al recordar que somos hijos predilectos de

María, pues que no ha hecho cosa igual con otra nación. María de Guadalupe al llamarse nuestra Madre nos ha dado derecho de clamar con santa confianza: "Pater noster qui es in coelis"...

No temamos los ataques de nuestros enemigos: si parecen poderosos, Ella es más fuerte que todos, ya que de María canta la Iglesia que es temible como un ejército que se dispone a combatir.

Avivemos nuestra fe; creamos en su cariño maternal; aguardemos el cumplimiento de sus promesas.

Jaculatoria: Virgen de Guadalupe, Reina de México, sálvanos.

(300 días de indulgencia. Pío X).

Recemos cinco Ave Marías encomendando a la Virgen Santísima todas las grandes necesidades de nuestra Patria y las nuestras particulares.

Afecto: Madre mía de Guadalupe, ¿qué amo yo si no te amo a ti? ¿Qué mayor felicidad que tenerte por Madre?

Fruto: Ofrezcamos el Santo Sacrificio de la Misa pidiendo para todos los mexicanos el aumento de la fe. Cuántos hermanos nuestros bautizados y educados como nosotros sobre las rodillas de

una madre cristiana, no tienen el valor de confesarse católicos! Pidamos por ellos para que, venciendo los respetos humanos, no se avergüencen de decir que son hijos de la Virgen Santísima.

ORACION PARA TODOS LOS DIAS

¡Oh Nuestra Señora de Guadalupe! Rosa mística, intercede por la Iglesia, protege al Sumo Pontífice, defiende a todos los que te invocan en sus necesidades, y pues eres la **siempre Virgen María, Madre del Dios verdadero**, alcánzanos de su Santísimo Hijo, la conversión de la fe, una dulce esperanza en las amarguras de la vida, una caridad ardiente y el precioso dón de la perseverancia final. Así sea.

(300 días de indulgencia. Pío X).

DIA SEGUNDO

(Acto de contrición como en el primero)

María de Guadalupe, Madre amantísima del Hijo

I.—El Hijo de Dios se ha humillado para con María hasta el grado de tomar carne en sus purísimas entrañas. Des-

de ese momento quedó María convertida durante nueve meses en el Paraíso terrestre de Jesús.

El Hijo de Dios que había venido a este mundo para dar al Padre la mayor gloria y tributarle la perfecta alabanza, en los infinitos recursos de su sabiduría no encontró otro medio para hacerlo que someterse a María por el espacio de 30 años.

Siguiendo el plan que se había trazado, dió principio a sus milagros por medio de Ella. Por Ella realizó en Hebrón el primer milagro en el orden de la gracia, al santificar al Bautista en el seno de Santa Isabel. A los ruegos de María, con el cambio del agua en vino, obró en Caná el primer milagro en el orden de la naturaleza.

II.—Jesús que no quiere cambiar sus planes de misericordia, seguirá obrando por medio de María. Allí está esa maravilla de la naturaleza que ha sido el instrumento de tantos prodigios de la gracia. Ni el tiempo, ni la malicia y perfidia de manos criminales han podido destruir la Imagen de María, pintada milagrosamente sobre la tilma de Juan Diego. ¡Oh, si pudiera referirnos

ese Lienzo bendito todas las conversiones que ha presenciado a través de cuatro siglos!

Recordemos las palabras que pone la Santa Iglesia en labios de María, las cuales no podrán menos de dilatar el corazón mexicano con dulcísima esperanza: "He elegido y santificado este lugar para que lleve mi nombre y queden en él para siempre mis ojos y mi corazón".

III.—Dejémonos llevar en alas de la esperanza: si María es poderosa, puesto que es Madre de Dios y es nuestra Madre, como Ella misma lo aseguró a Juan Diego, ¿qué podrá faltarnos? ¿ni qué tendremos que temer?

San Agustín no vacila en afirmar que todos los hijos de Dios para ser conformes con la Imagen de Jesús, mientras viven sobre la tierra están escondidos en el seno purísimo de María, en donde esta Madre amorosa los guarda, los nutre, los educa y los conserva hasta el tiempo de darlos a luz para la gloria después de la muerte, que es el verdadero día de su nacimiento, como suele llamar la Iglesia a la muerte de los justos.

Guarda, pues, a tus mexicanos, ¡oh Virgen de Guadalupe! Aliméntalos con la esperanza de los bienes eternos, hasta el día feliz en que todos los escogidos se reúnan con Jesús en el cielo.

Jaculatoria: María, esperanza nuestra, compadécete de nosotros.

(300 días de indulgencia).

Cinco Ave Marías en honor de las Apariciones de la Virgen Santísima, encomendándole las necesidades de México y las nuestras particulares.

Afecto: Si nos ponemos bajo tu cuidado, oh Madre de la santa esperanza, ¡cuánta gloria le podemos dar al Padre Celestial a semejanza de Jesús!

Fruto: Ofrezcamos la Sagrada Comunión, pidiendo para todos nuestros hermanos el aumento de la esperanza. ¿De qué sirven los bienes de la tierra, si tarde que temprano tenemos que dejarlos? Para enseñarnos a desear los celestiales, recordemos con frecuencia las palabras del Apóstol: "No tenemos aquí un lugar de permanencia, pues nos dirigimos a la eterna ciudad". "No son de compararse las penas de esta vida con

el peso de la gloria que Nuestro Señor nos reserva en la otra".

DIA TERCERO

(El acto de contrición como en el primero)

María de Guadalupe, Esposa fidelísima del Espíritu Santo

I.—El Espíritu Santo está unido a María con vínculo indisoluble de Esposo Divino.

En Ella y por Ella produjo al Hijo de Dios hecho hombre. En Ella y por Ella engendra a la vida de la gracia a todos los escogidos, verdaderos hermanos de Jesús.

El Espíritu Santo repudia todo lo que no viene de María, mas cuando la encuentra en un alma, vuela para formar allí a Jesús.

En una palabra, el Espíritu Santo quiere encontrar a María en sus escogidos y a medida que ellos le dan lugar en su corazón, se elevan a la santidad.

II.—Estas breves consideraciones deberían inflamar nuestros corazones. Esa doctrina del Beato Grignon de Montfort

no es sino la realización constante de la visión misteriosa de Isaías que dejó escrito: “De la raíz de Jessé brotará una vara, y de ella nacerá una flor y sobre la flor descansará el Espíritu Santo”. (Is. XI, 1).

Ese orden trazado por la Providencia divina se ha seguido en el milagro del Tepeyac. Sobre sus abruptas rocas brotó una vara, —la Virgen Guadalupe—, Ella nos trajo a Jesús, fruto bendito de sus purísimas entradas, y ahora en los momentos más difíciles para nuestra Patria nos ha traído, con las obras de la Cruz, la devoción al Espíritu Santo...

III.—Amemos con amor ardiente a la Autora de tanta dicha. Bien podemos los mexicanos aplicar a la Virgen de Guadalupe las palabras de la Sabiduría: “Con Ella nos han venido todos los bienes”. Amémosla con todo nuestro corazón, y ya que es Ella la escala misteriosa por donde bajó hasta nosotros el Hijo de Dios, subamos por Ella siguiendo el orden de la Visión de Isaías, que comenta San Buenaventura con estas palabras: “Per Virgam, ad Florem et per Florem ad Spiritum San-

ctum”. Por la Vara a la Flor y por la Flor al Espíritu Santo.

Jaculatoria: Santa María de Guadalupe, esperanza nuestra, salva a nuestra Patria.

(300 días de ind.)

Cinco Ave Marías en honor de las Apariciones de la Virgen Santísima, encomendándole las necesidades de México y las nuestras particulares.

Afecto: Dichosos los que te honran, oh Virgen Madre de Dios, porque el conocerte es el camino que lleva al Paraíso y el glorificar tu virtud es camino de la eterna salvación. (San Anselmo).

Fruto: Ofrezcamos el Santo Rosario pidiendo a la Santísima Virgen alcance a todos los mexicanos la verdadera caridad. No terminarán las desdichas de nuestra pobre Patria hasta que no pongamos en práctica el gran mandamiento de Jesús: “Amaos los unos a los otros como Yo os he amado”. “En esto conocerán que sois mis discípulos en que os amáis los unos a los otros”.

VII.—VISITA A LA SANTISIMA
VIRGEN DE GUADALUPE

¡Oh Virgen de Guadalupe! ¡Oh Madre mía muy amada! ¡Cuán grato me es venir a pasar unas horas prosternado ante tus plantas, y dejar el ruido mundanal, y las ocupaciones de familia, y el estrépito de los negocios, para conversar dulcemente con una Madre, y desahogar mi corazón en el pecho de la mejor de las amigas, y descansar de las enojosas solicitudes de la vida, en el silencio misterioso de tu Templo! Aquí sí soy feliz a tu lado, Madre mía; aquí olvido los mil sinsabores que amargan mi existencia, y no siento el peso de las cargas que me oprimen; aquí paso unos instantes tan dulces, que me recuerdan la felicidad de la gloria, y me lleno de un amor que no perturba, que no agita, que no mancha ni entristece. ¡Virgen de Guadalupe! Mis ojos no se cansan de mirarte; y cuando se entrecierran como para depositar en el alma la dicha que en tu Imagen han recogido, un atractivo siempre nuevo los levanta, y nuevas y atentas miradas los embelesan otra vez y no los sacian. Tu corona de dorados rayos me revela tu

majestad y tu gloria, tu negra cabellera me enamora, tu moreno semblante me recrea, encántanme tus ojos tan púdicos y humildes, y tu boca tan graciosamente cerrada, me regocija; la negra cruz que abotona tu túnica y te adorna cual joya muy preciada, me recuerda que la cruz debe ser mi riqueza, y tesoro, y que nada sino ella es digna de ornato del pecho de un cristiano; tus virginales manos, de pequeñez admirable al juntarse me enseñan cuánto oras por tu pueblo, y me invitan a la santa oración y me recomiendan el fervor en mis plegarias; el dorado floreo de tu vestido, me indica cómo deben adornarme las virtudes encendidas en el oro de la caridad; el sol que te circunda y las estrellas que bordan tu manto, me recuerdan que eres Tú la Reina de la grandiosa creación de los astros, y que debo revestirme de la luz de la gracia para imitarte; la negra luna que pisas, simboliza la negrura de este destierro y su mutabilidad continua, y puesta a tus pies, me advierte que sólo debo estar en este mundo como de paso y no de asiento, y que debo conculcar con desdén el destierro y no abrazarlo como delicia; el querub. n hermoso que

te sostiene, al mismo tiempo que me advierte que aun los ángeles de la jerarquía más alta te sirven como a su Reina, me avisa que la luz y el conocimiento de mi fe y mi religión deben ser la base de mi conducta, y la guía constante de mi camino; y toda Tú, Dueña y Señora mía, vestida al uso de las doncellas hijas de nuestro suelo, me haces pensar con ternura en aquellas palabras que de tu Divino Hijo, el Dios humanado, dijo al Apóstol; que “se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo hecho a semejanza de los hombres, y hallado en la figura exterior como hombre”. Así tú te abajas a tomar la forma indígena, a semejanza de ellas te pintas en el maravilloso lienzo; y en figura exterior de ellas te hallamos, cuando en tu Imagen venerada venimos a buscarte. ¡Bendita seas, Reina mía, Paloma mía, y Madre mía! Que no te apareciste entre nosotros como en Lourdes, con las deslumbrantes vestiduras de la gloria, sino con los humildes colores de las hijas de nuestro suelo; rasgo de cariño y fineza que mi corazón quisiera corresponder y mi alma agradecer como debe. ¡Virgen de Guadalupe, yo te amo! Yo quiero endulzar más y

más mis miradas con posarlas sobre esa pintura de los cielos; yo quiero que mi pobre cabeza sea esa dichosa luna que tocan tus plantas; yo quiero que mi corazón, encendido en amor, lance por todas partes rayos del fuego que le anima, para que ellos te formen un trono, y Tú, en medio de él, habites; yo quiero que el querubín abra su mano y suelte el extremo de tu manto que con ella sostiene para tomarlo yo, y bajo él cubrirme, y a su sombra guarecerme, y bajo él protegerme de los tiros de mis enemigos; yo quiero que esas manos apretadas tomen en medio las mías aunque indignas, y me levante del polvo de la tierra, y de entre la compañía de las criaturas, a contemplar las cosas del cielo y mirar cara a cara tu hermosura. Madre mía, vida mía, dulzura mía, yo no me canso jamás de estar contigo. Ojalá y las tristes necesidades de mi estado no me llamasen! Yo prolongaría aun por varias horas mi visita; pero es fuerza separarme, encanto de mi alma, es preciso partir y no ver más a la que amo. Mas aquí te dejo mi corazón, Virgen de Guadalupe; contigo queda amándote y venerándote siempre. Bendíceme, Señora, mírame aún otra

vez y déjame mirarte. Piedad para México, Madre mía, una mirada compasiva para este pobre suelo. Amén.

V. Virgen de Guadalupe, Madre mía.

R. Mi corazón te entrego en este día.

NOTA.—Para terminar la presente visita que hemos tomado del santo sacerdote D. Gabino Chávez, de feliz memoria, se puede agregar la siguiente oración tomada de la “Alborada de Ntra. Señora de Guadalupe” y tiene concedidos 300 días de indulgencia.

MEMORARE

Acuérdate, ¡oh piadosísima Virgen María de Guadalupe! que en tus celestiales apariciones en la montaña del Tepeyac, prometiste: **“Mostrar tu clemencia amorosa y tu compasión a los que te amamos y buscamos solicitando tu amparo, llamándote en nuestros trabajos y aficciones, ofreciendo escuchar nuestros ruegos, enjugar nuestras lágrimas y darnos consuelo y alivio”**.

Jamás se ha oído decir que ninguno de los que imploramos tu protección, ya en las públicas necesidades, ya en nues-

tras congojas privadas pidiendo tu socorro hayamos sido abandonados.

Con esta confianza acudimos a Ti, **¡oh siempre Virgen María Madre del Dios verdadero!** y aunque gimiendo bajo el peso de nuestros pecados, venimos a postrarnos en tu presencia soberana, seguros de que te has de dignar cumplir tus promesas: **esperamos que no ha de molestarnos ni afligirnos cosa alguna, ni tendremos que temer enfermedad ni otro accidente penoso, ni dolor, estando bajo tu sombra y amparo.** Y pues que en tu admirable imagen has querido quedarte con nosotros, **Tú, que eres nuestra Madre, nuestra salud y vida, estando en tu regazo maternal y corriendo por tu cuenta, no necesitamos ya de ninguna otra cosa.** No deseches ¡oh Santa Madre de Dios! nuestras súplicas; antes bien inclina a ellas tus oídos compasivos y escúchanos favorablemente. Amén.

